

NUEVAS CLAVES PARA ENTENDER LA RECUPERACION DE LA SOCIEDAD RURAL

En el presente artículo, **Benjamín García Sanz** describe la recuperación de la sociedad rural apuntando las claves que juegan en favor de este proceso. La población rural ya no disminuye como en las décadas pasadas, sino que tiende al estancamiento, o incluso crece de forma lenta; en los fines de semana o durante las vacaciones, la población de los pueblos se duplica con antiguos emigrantes que viven en la ciudad, y que han contribuido con su presencia a rehabilitar las viviendas rurales que habían quedado vacías. La actividad está sufriendo una profunda transformación, con pérdida continua de la ocupación en el sector agrario e incremento en los otros sectores, sobre todo en la construcción y en los servicios. La agricultura se debate entre la profesionalización y las subvenciones, y la cultura popular se resiste a ser absorbida por la cultura urbana, desempolvando muchos de los símbolos, ritos, tradiciones y expresiones del pasado.

INTRODUCCION

ESTAS páginas son una apuesta por una nueva concepción de los procesos de cambio de la sociedad rural; pretenden romper la asociación clásica entre trabajo en la agricultura y sociedad rural, y apuntan un nuevo enfoque que va más allá de esta identificación.

Está contada la historia de la crisis que afectó a la sociedad rural durante la década de los años sesenta, así como las causas que la determinaron. Remito a los excelentes trabajos de expertos ruralistas que abundaron en la descripción de esta crisis y de los mecanismos que produjeron el desmantelamiento de la sociedad rural tradicional (1). Pero la visión de una sociedad rural que se desmorona, que retrocede, que pierde fuerza en el con-

texto económico, político y social es ya algo pasado. Nuestra hipótesis es que la crisis de esa sociedad ha tocado fondo y, por contra, estamos ya en una etapa de recuperación demográfica, económica y social.

De los múltiples signos que avellan la recuperación de la sociedad rural, vamos a analizar en este trabajo los siguientes:

1) La emigración no sólo ha perdido virulencia, sino que prácticamente ha desaparecido, y se atisba una pequeña recuperación demográfica aún difícil de cuantificar.

2) Asistimos a un fenómeno nuevo, como es la recuperación/rehabilitación de viviendas rurales por parte de antiguos emigrantes o de otras gentes de procedencia urbana, que buscan en el campo un nuevo contacto con

la naturaleza y con otras formas de sociedad. El fenómeno empieza a ser muy importante en algunas zonas, y supone un elemento a tener en cuenta para el futuro de la sociedad rural.

3) La actividad en los pueblos ya no depende tan directamente de la agricultura como en el pasado, sino que se está dando un proceso de diversificación ocupacional, con tendencia hacia la terciarización.

4) La agricultura se encuentra en un fuerte proceso de cambio, enmarcado entre: *a)* las inercias de la agricultura tradicional; *b)* la política de subvenciones, que pretende mantener las rentas de las explotaciones agrarias y que, quizá sin pretenderlo, acentúa la dependencia del agricultor del exterior, del Estado, de la UE, y *c)* el surgimiento de nuevas agriculturas, más intensivo/extensivas y más mecanizadas.

5) Se da una valoración creciente de la agricultura como guardián y protector de la naturaleza y del medio ambiente, lo que puede repercutir de forma favorable en la recuperación de ciertos espacios, o en la rehabilitación de zonas que, a su vez, pueden actuar como un atractivo para intensificar las relaciones de la sociedad rural con la sociedad urbana.

6) Se reafirma la cultura rural tradicional, como defensa contra la invasión de la cultura urbana y como expresión de una forma diferente de organización social.

I. DE LA CRISIS DEMOGRAFICA AL ESTANCAMIENTO Y LA RECUPERACION

España sigue siendo, todavía, un país con una importante población rural; 18 de cada 100 per-

sonas viven en entidades singulares de menos de 2.000 habitantes, cifra que se eleva a 35 si contabilizamos los que viven en entidades singulares con menos de 10.000 habitantes (2). Ahora bien, el peso de la ruralidad no se distribuye homogéneamente por el territorio. En términos globales, la mayor concentración de población rural se halla en Galicia, en donde viven uno de cada cuatro rurales del país. Le siguen en importancia Castilla y León, con el 14 por 100; Andalucía, con el 11 por 100; y Castilla-La Mancha, con el 9 por 100. En estas cinco comunidades vive el 57 por 100 de la población rural, población que está muy por encima de lo que correspondería a estas comunidades en función de su extensión y de su población total.

Pero la población rural actual es el resultado de un proceso de vaciamiento de los pueblos cuyo contrapunto ha sido el fuerte desarrollo de la población urbana. Este proceso ha tenido una traducción muy desigual en el país, por lo que existen zonas en las que lo rural ha quedado como un reducto de población marginal, pero en otros aún cuenta con una presencia significativa. Si nos atenemos al binomio población rural/población urbana, se pueden trazar tres espacios claramente diferenciados: un primer espacio de predominio de la población rural, otro de mayoría de población urbana y un tercero con dos situaciones intermedias o de transición, una más cerca del modelo de población rural y otra del modelo urbano. Aún se da un predominio de población rural en la España agraria, que afecta, básica y principalmente, a algunas regiones del interior; el modelo urbano se asienta en las zonas de industrialización, y los otros dos modelos expresan

matices de ruralidad/urbanización con polarizaciones hacia uno u otro modelo (cuadro n.º 1).

Desde una perspectiva dinámica, observamos que durante los años de autarquía la población rural creció de forma constante, pero al abrirse las fronteras de nuestro país al exterior e iniciarse el despegue económico nacional, potenciado por la naciente industria catalana y vasca, la población rural empezó a disminuir de manera alarmante, de modo que algunos temieron por su desaparición o, cuando menos, por la reducción a una situación de marginación.

Después de cuarenta años de iniciado el proceso, estamos en condiciones de afirmar que la crisis demográfica del mundo rural ha sido muy profunda, con una pérdida estimada de población

del orden del 35 por 100. Evaluada en términos cuantitativos, hoy viven en los núcleos rurales de menos de 2.000 habitantes cerca de siete millones de personas, mientras que en los años cincuenta lo hacían poco más de once millones. El mundo rural ha perdido, pues, algo más de cuatro millones de personas, más el crecimiento vegetativo positivo que se habría dado de no haber mediado este hecho.

En la actualidad, se observan ciertos signos de recuperación demográfica que permiten mirar al futuro con un optimismo moderado. Según los datos del *Padrón* de 1986 y del *Censo* de 1991, la población rural ha disminuido en un 4 por 100, cifra relativamente baja si se tiene en cuenta el excesivo envejecimiento de su población (una de cada tres o cuatro personas es mayor de 65

CUADRO N.º 1

POBLACION DE LA ZONA RURAL SEGUN CENSO DE 1991

	Horizontales (Porcentaje)	Verticales (Porcentaje)
Andalucía	11,0	11
Aragón	24,2	4
Asturias	32,6	5
Baleares	13,3	1
Canarias	25,1	5
Cantabria	33,6	3
Castilla-La Mancha	25,6	6
Castilla y León	38,3	14
Cataluña	10,2	9
Extremadura	26,2	4
Galicia	58,0	23
Madrid	2,2	2
Murcia	18,9	3
Navarra	23,2	2
Comunidad Valenciana	9,3	5
País Vasco	10,3	3
La Rioja	22,5	1
TOTAL	18,1	100

Nota: Las columnas horizontales indican el porcentaje de población rural de cada comunidad autónoma en relación a la población total de dicha comunidad, y las columnas verticales el porcentaje de población rural que hay en cada comunidad en relación a la población rural total del país.

Fuente: INE, 1991.

años, y una de cada siete tiene menos de 15 años) y la descompensación entre las tasas de natalidad (8 ó 9 por 1.000), y las de mortalidad (15 ó 16 por 1.000), el doble que la media nacional.

Las variantes de la tendencia general tienen que ver con las situaciones siguientes:

a) *El tamaño medio de los municipios.* Así, las entidades que han alcanzado umbrales de población excesivamente pequeños y que, por tanto, no pueden mantener una infraestructura mínima de servicios sanitarios, educativos y sociales, tienen un futuro incierto, y es previsible que se agudice la crisis que están padeciendo, tendiendo, incluso, a la desaparición o integración en otras unidades rurales mayores. Por contra, tenderán a mantenerse o a aumentar aquellos núcleos que cuentan con poblaciones superiores a 500 habitantes. El *Censo* de 1991 confirma esta hipótesis (3). Mientras el número de municipios con menos de 500 habitantes ha aumentado ligeramente (2,5 por 100), el de los de menos de 5.000 y más de 500 ha disminuido sólo un 3,3 por 100. Por otro lado, la población media de los municipios más pequeños (menos de 500 habitantes) tiende a reducirse; en cambio la de los medianos (entre 500 y 5.000 habitantes) se estanca (4).

b) *La proximidad o lejanía de los núcleos rurales a los urbanos.* Este factor está resultando decisivo en muchas provincias. Los núcleos urbanos, que en la mayor parte del territorio se corresponden con las capitales de provincia y en otros con centros de población bien equipados, parecen estar ejerciendo una influencia positiva sobre el mundo rural, y servirán en el futuro para amortiguar las tendencias emigratorias de las últimas décadas.

c) *Las características del territorio según los diferentes espacios geográficos.* En las comunidades de Navarra, La Rioja, Cataluña y Valenciana, la población rural tiene un saldo positivo. En Baleares, Cantabria, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Extremadura, Galicia, País Vasco y Murcia, el crecimiento es negativo, pero menor o igual que el de la media nacional. Las comunidades que tienen un mundo rural demográficamente más deprimido son: Madrid, Andalucía, Asturias, Aragón y Canarias. No obstante, en alguna de estas comunidades se compensa la recesión demográfica del mundo rural con un incremento de la población de las entidades intermedias. Este sería el caso de Madrid, cuyo mundo rural se ha ido reduciendo merced a la ampliación del área metropolitana y al incremento poblacional de antiguos núcleos rurales. En Galicia, Asturias, Cantabria y Murcia, habría que analizar el fenómeno de forma diferente, puesto que casi todos los municipios de menos de 10.000 habitantes están formados por entidades singulares de población inferiores a 2.000. En otras comunidades, como en Cataluña y la Comunidad Valenciana, las entidades rurales y las intermedias crecen, aunque moderadamente. Aunque los contrastes son importantes, se puede hablar de un proceso bastante homogéneo, puesto que entre las zonas rurales más dinámicas y las que lo son menos, las oscilaciones no superan una variación de ± 10 por 100.

El mayor despoblamiento rural se da en las zonas de montaña o en aquellas otras que se ven afectadas por un fuerte proceso de terciarización. Ejemplos de estos procesos pueden observarse en Canarias, Aragón, Asturias y la

Comunidad de Madrid, en donde la población rural arroja uno de los índices más altos de descenso; primero, porque han desaparecido los núcleos de las zonas limítrofes al área metropolitana, y segundo, porque sólo quedan, como reducto de lo rural, los pueblos más alejados de la capital, pueblos que tienen dificultades para mantener su población (cuadro n.º 2).

En conclusión, la población rural está entrando en una nueva fase de desarrollo, que tiene que ver con las posibilidades de trabajo en el medio rural, las cuales, a su vez, dependen de la proximidad o alejamiento de los núcleos rurales a algún centro urbano, de la red de comunicaciones con el entorno, del dinamismo económico de la zona y de la propia evolución de la agricultura.

Este fenómeno tiene que ver, también, con la crisis de la industria, que alimenta un trasvase de población desde los centros metropolitanos a los espacios rurales perimetropolitanos (Camarero, 1993) y del litoral. Del comportamiento de los factores anteriormente señalados dependerá el futuro de muchos núcleos rurales.

II. LOS NUEVOS INQUILINOS DE LA SOCIEDAD RURAL, O LA PRESENCIA EN LOS PUEBLOS DE ANTIGUOS EMIGRANTES

Junto a la población que se quedó viviendo en el pueblo, ha ido llegando a los núcleos rurales una población flotante, cuyo número varía en función de los días (lunes a viernes o fines de semana) o en función de las estaciones (invierno/verano). Las mo-

CUADRO N.º 2

INDICE DE POBLACION DE 1991 EN RELACION CON EL DE 1986

	Total nacional	Zona rural
Andalucía	102	91
Aragón	99	93
Asturias	98	90
Baleares	104	98
Canarias	102	92
Cantabria	101	97
Castilla-La Mancha	99	98
Castilla y León	99	96
Cataluña	101	102
Extremadura	98	97
Galicia	96	96
Madrid	103	81
Murcia	104	95
Navarra	101	109
Comunidad Valenciana	103	102
País Vasco	98	98
La Rioja	101	106
TOTAL	101	96

Nota: La columna «total nacional» indica la evolución de la población en cada comunidad autónoma entre 1986 y 1991, tomando como base 100 el año 1986. La columna «zona rural» recoge la evolución de la población rural entre 1986 y 1991 por comunidades autónomas, tomando, también, como base 100 el año 1986.

Fuente: Padrón de 1986 y Censo de 1991. INE.

ración de la sociedad rural, puesto que, sin contar a otros grupos poblacionales, existe en el medio rural un 38 por 100, más o menos, de gente que mantiene relaciones con este entorno y que ha venido a cubrir, en parte, el vacío dejado por la emigración.

La construcción de segundas viviendas es un fenómeno eminentemente rural, dado que la mitad de éstas se encuentran en zonas rurales; es decir, en núcleos de población de menos de 2.000 habitantes. Aun cuando se pueden introducir matices sobre dónde se han ubicado estas residencias, lo cierto es que el hecho se ha generalizado por todo el territorio nacional. Hay una presencia notable de segundas residencias en todas las comunidades autónomas, a excepción de Galicia y la cornisa cantábrica. En el Mediterráneo, la segunda vivienda del mundo rural es, incluso, superior en número a la principal, y en el interior, algo inferior. Hay que destacar en el Mediterráneo los casos de Baleares, Cataluña, Murcia y la Comunidad Valenciana, en los que la segunda vivienda supera con creces a la principal; y en el interior, Castilla-La Mancha, Castilla y León, y Aragón, comunidades en las que por cada 100 viviendas principales hay más de 60 secundarias (cuadro n.º 3).

El carácter rural de la residencialidad secundaria se especifica aún más si se analiza el fenómeno por provincias. Además de las provincias mediterráneas —como Alicante, Baleares, Castellón, Gerona, Tarragona, Huelva, etc.—, en las que la residencia secundaria en los núcleos rurales es cuantitativamente mucho más importante que la principal, el fenómeno no deja de tener una relevancia significativa en algunas provincias del interior,

dalidades que puede adoptar este colectivo son las siguientes: los que pasan en el pueblo todos o casi todos los fines de semana; los que además disfrutan en el pueblo de sus vacaciones; los que sólo pasan las vacaciones y algunos puentes determinados, debido a la distancia; los que alargan los fines de semana y las vacaciones, porque se encuentran en el pueblo muy a gusto y ya no tienen compromisos laborales (este grupo puede llegar, en ocasiones, a constituirse en verdadera población de derecho, aunque sin adquirir la residencia); los acompañantes esporádicos de los residentes de hecho, etcétera. Todas estas personas, que de una u otra forma han regularizado una cierta relación con el medio rural, son un grupo de suma importancia para entender la recuperación de la socie-

dad rural, puesto que pueden llegar a constituir una población tan numerosa como la que reside de forma habitual en el pueblo.

Cuantificar este colectivo es totalmente imposible, puesto que no existe ningún seguimiento estadístico de este hecho; podemos, no obstante, hacer una aproximación mediante la contabilización de las viviendas secundarias. Según los últimos datos aportados por el *Nomenclátor* de 1991, la segunda vivienda en el medio rural —es decir, en las entidades singulares de menos de 2.000 habitantes— es del orden del 62 por 100. Esto quiere decir que por cada 100 viviendas que se consideran principales hay en el mundo rural 62 que se utilizan como segunda vivienda. Este hecho es, en sí, suficientemente significativo, y expresa una recupe-

CUADRO N.º 3

**VIVIENDAS PRINCIPALES Y SECUNDARIAS
EN ENTIDADES DE MENOS DE 2.000 HABITANTES,
POR COMUNIDADES AUTÓNOMAS**

	<i>Principales</i>	<i>Secundarias</i>	<i>Secundarias/ principales (Porcentaje)</i>
Andalucía	224.840	133.069	59,2
Aragón	97.848	66.354	67,8
Asturias	112.837	28.589	25,3
Baleares	31.985	41.868	130,9
Canarias	98.759	32.014	32,4
Cantabria	50.196	18.713	37,3
Castilla y León	326.277	202.524	62,1
Castilla-La Mancha	137.806	120.876	87,7
Cataluña	188.740	207.388	109,9
Extremadura	89.818	42.605	47,4
Galicia	431.109	86.031	19,6
Madrid	33.407	53.980	161,6
Murcia	55.904	60.954	109,0
Navarra	34.549	9.672	28,0
Comunidad Valenciana	118.325	183.236	154,9
País Vasco	61.845	19.518	31,6
La Rioja	20.255	14.440	71,3
TOTAL	2.121.610	1.321.832	62,3

Fuente: Nomenclátor 1991. Elaboración propia.

como Madrid y su radio de influencia —Ávila, Guadalajara, Segovia, Toledo—, y también en otras provincias más alejadas de este radio de influencia como Burgos, Cuenca, Ciudad Real, La Rioja y Soria, entre otras (cuadro número 4).

Todo esto es un signo inequívoco de que algo nuevo está sucediendo en la sociedad rural, novedad que no afecta solamente a las zonas costeras o con importantes recursos naturales, sino también a muchos pueblos inhóspitos del interior, que tienen el aliciente de que allí se asentó una población que un día se lanzó a la emigración. Esta población, amén de favorecer la permanencia de ciertos servicios de la comunidad rural tradicional —como el bar, la carnicería y otras tiendas—, ha dado un nue-

vo impulso a otras actividades como la construcción, ciertos trabajos vinculados a actividades artesanales, pequeñas industrias de transformación de productos agroalimentarios y servicios. Camarero (1993, pág. 395) ha enfatizado la importancia económica que en el futuro pueden tener los retornados de la tercera edad al mundo rural, señalando que «se fortalece así la diversificación de actividades y se permite una reorientación en el aprovechamiento y ordenación de los recursos ambientales y paisajísticos. Se genera una base suficiente para desarrollar actividades extra-agrarias que permitan el arraigo de la población joven, principalmente de las jóvenes, y la atracción de población activa».

Al comparar la implantación de la segunda vivienda en el mundo

rural mediterráneo con la de la Castilla interior, hay que hacer algunas observaciones: la recuperación de las viviendas de los pueblos castellanos se ha debido, básica y prioritariamente, a la vuelta de los emigrantes de los años sesenta, vuelta que, para algunos, está siendo definitiva, puesto que se trata de personas que ya se han jubilado; en la zona rural mediterránea, el fenómeno se ha debido a la presencia de antiguos emigrantes, pero también a la llegada de inmigrantes extranjeros, sobre todo de la tercera edad, y de otros profesionales y ejecutivos de la ciudad que quieren estar cerca del mar, pero alejados de los centros turísticos tradicionales. Camarero (1993, pág. 393) ha apuntado una hipótesis arriesgada y carente de base empírica; se trataría, según él, de gentes que emigraron en su día a la ciudad para ubicarse, en una segunda oleada migratoria, en el mundo rural mediterráneo. La elección del medio rural mediterráneo obedece, a mi entender, por lo que respecta a los demandantes extranjeros, al deseo de disfrutar de más espacio habitable por el mismo precio que costaría un apartamento o un piso en la costa; y por lo que respecta a los emigrantes del interior, al hecho de poder ser propietarios de una vivienda en un entorno que reúne unas condiciones extraordinarias de habitabilidad por el clima y por el paisaje. Obviamente, en este grupo tiene un peso específico la tercera edad, pero minoritario comparado con el que abandona la ciudad.

CUADRO N.º 4

VIVIENDAS PRINCIPALES Y SECUNDARIAS EN ENTIDADES DE MENOS DE 2.000 HABITANTES, POR PROVINCIAS

	Principales	Secundarias	Secundarias/ principales (Porcentaje)
Alava	10.829	7.343	67,8
Albacete	25.025	11.825	47,3
Alicante	36.406	49.678	156,5
Almería	37.236	19.475	52,3
Ávila	31.050	35.302	113,7
Badajoz	37.858	14.139	37,3
Baleares	31.985	41.868	130,9
Barcelona	67.797	65.580	96,7
Burgos	37.313	34.773	93,2
Cáceres	51.960	28.466	54,8
Cádiz	17.721	12.799	72,2
Castellón	27.748	51.784	186,6
Ciudad Real	20.770	12.250	59,0
Córdoba	26.165	11.535	44,1
La Coruña	154.136	25.951	16,8
Cuenca	28.918	23.195	80,2
Gerona	45.061	64.185	142,4
Granada	56.084	24.528	43,7
Guadalajara	21.740	35.715	164,3
Guipúzcoa	19.634	1.202	6,1
Huelva	15.301	26.268	171,7
Huesca	27.316	18.134	66,4
Jaén	27.433	11.202	40,8
León	76.806	28.686	37,3
Lérida	37.826	17.813	47,1
La Rioja	20.255	14.440	71,3
Lugo	73.034	10.390	14,2
Madrid	33.407	53.980	161,6
Málaga	30.109	19.479	64,7
Murcia	55.904	60.954	109,0
Navarra	34.549	9.672	28,0
Orense	74.464	24.451	32,8
Asturias	112.837	28.589	25,3
Palencia	23.618	12.465	52,8
Palmas, Las	41.555	13.883	33,4
Pontevedra	136.475	25.239	18,5
Salamanca	46.044	22.744	49,4
Santa Cruz de Tenerife	57.204	18.131	31,7
Santander	50.196	18.713	37,3
Segovia	23.867	20.916	87,6
Sevilla	14.791	7.783	52,6
Soria	14.379	13.143	91,4
Tarragona	38.056	59.810	157,2
Teruel	26.394	23.950	90,7
Toledo	41.353	37.891	91,6
Valencia	54.171	81.774	151,0
Valladolid	29.403	13.750	46,8
Vizcaya	31.382	10.973	35,0
Zamora	43.797	20.745	47,4
Zaragoza	44.138	24.270	55,0
TOTAL	2.121.610	1.322.831	62,4

Fuente: Nomenclátor de 1991. Elaboración propia.

III. LA ACTIVIDAD NO AGRARIA COMO NUEVO ELEMENTO DE LA SOCIEDAD RURAL

La ruptura entre agricultura y sociedad rural queda de manifiesto al analizar la actividad. El mundo rural ya no depende, cuantitativamente hablando, de la agricultura, sino que, junto a la actividad agraria, han ido surgiendo otras fuentes de actividad vinculadas a la construcción, la industria o los servicios. El fenómeno es nuevo, por lo que resulta bastante difícil obtener datos precisos sobre él. En mis múltiples visitas a pueblos castellanos, y en las entrevistas realizadas a secretarios de ayuntamientos, alcaldes, agricultores o a otras gentes de pueblos rurales, he repetido siempre la misma pregunta: «¿de qué vive la población de este pueblo?», y la respuesta casi siempre ha sido unánime: «¡de la agricultura!». Reconstruyendo, posteriormente, la ocupación en estos lugares se ha observado que sólo una de cada tres o de cada cuatro personas vivía de la agricultura o de la ganadería, dependiendo el resto de la población de otros sectores de actividad.

Desgraciadamente, aún no podemos proceder a un análisis preciso de la actividad en el mundo rural, porque los datos de ocupación del *Censo* de 1991 por municipios aún no están disponibles (5). De momento, sólo se puede acudir a alguna fuente indirecta (6) o hacer alguna cala referida a alguna comunidad autónoma (7) que se ha adelantado en la publicación de los datos del *Censo* de 1991 (cuadro n.º 5).

Tomando como punto de referencia los municipios de menos de 2.000 habitantes (8), sólo uno

CUADRO N.º 5

ESTRUCTURA OCUPACIONAL DE LOS MUNICIPIOS DE MENOS DE 2.000 HABITANTES Y DE MENOS DE 10.000

	Menos de 2.000 habitantes	Menos de 10.000 habitantes
Agricultura y similares	30,5	22,5
Industria/construcción	32,5	32,9
Servicios/comercio	37,0	44,6
Activos	44,7	45,9
Cuenta propia	40,3	33,4

Fuente: CIRES. Muestra: 987, para menos de 2.000 habitantes; muestra: 3.090, para menos de 10.000 habitantes.

de cada tres activos trabajaría en actividades agrícolas o similares. Si se amplía el ámbito de lo rural a los municipios de menos de 10.000 habitantes (9), los activos agrarios se reducirían a uno de cada cuatro o de cada cinco. No cuestionamos la importancia estratégica de la agricultura para el mundo rural, ni la influencia económica del sector agrícola/ganadero en la dinamización del resto de sectores de actividad, pero es una buena observación tener en cuenta que el sector agrario es un sector de actividad cada vez más minoritario, y que en la actualidad este sector está siendo sustituido en importancia cuantitativa por el sector servicios, e incluso por el sector industrial y por la construcción.

Diferentes monografías realizadas en núcleos rurales demuestran que el agrario ya no es el sector exclusivo, incluso en aquellos pueblos más apartados, sino que allí donde hay agricultores y se mantiene una unidad mínima de pueblo, están surgiendo otras actividades complementarias o sustitutorias de la actividad agraria. Si los núcleos rurales son de una cierta importancia demográfica, la actividad agraria tiende a ser relativamente pequeña, dándose

la proporción inversa si disminuye la población. Las tasas de actividad agraria pueden, incluso, alcanzar el 50 por 100, pero difícilmente se sobrepasa este porcentaje. Excepciones podrían encontrarse en pueblos andaluces, en los que hay un predominio de población asalariada en la agricultura, o en la Galicia rural. La difícil situación por la que ha atravesado el país y las subvenciones a los parados del campo (PER) hacen que en la región andaluza se haya mantenido, en los pueblos rurales, una importante mano de obra que en otras regiones ha emigrado a la ciudad o se ha acomodado en otros campos de actividad.

En las regiones de predominio de agricultura familiar y con explotaciones de poca dimensión, la evolución ha sido diferente. La caída de las rentas agrarias de los pequeños agricultores ha obligado a éstos a encontrar soluciones fuera del propio sector agrario. Mientras el asalariado andaluz, mal que bien, ha podido ir tirando con las subvenciones del «papá Estado», esto no ha sido posible para el pequeño agricultor, que ha visto cómo se incrementaban los gastos de su explotación y se reducían los pre-

cios agrarios, sin encontrar en la Administración las ayudas necesarias para poder depender exclusivamente de la agricultura (10). Las respuestas ante la situación de crisis de la pequeña explotación familiar han sido diferentes y variadas: unos han optado por la proletarianización, abandonando la agricultura a tiempo completo y aterrizando en otro sector distinto al agrario (generalmente, la construcción o la industria agroalimentaria), manteniendo o no sus tierras como trabajo a tiempo parcial; otros han decidido iniciar un nuevo negocio en otro sector de actividad, generalmente el terciario; otros han emigrado, y finalmente, otros han dejado la explotación por haber llegado a la edad de jubilación o por haberse acogido a ella de forma anticipada. Este cuadro se completa con la postura tomada por los hijos de agricultores o las llamadas ayudas familiares; sólo un grupo muy pequeño se ha puesto al frente de la explotación de sus padres o trabaja en la explotación familiar, y el resto ha buscado una solución a su problema en trabajos por cuenta ajena que realiza en lugares diferentes al de su residencia, pero sin perder el domicilio. Es la nueva figura de los *commuting* (viajes de ida y de vuelta al trabajo) que si inicialmente sirvieron para definir los desplazamientos pendulares de ida y de vuelta desde la periferia urbano-metropolitana (Camarero, 1993, pág. 160), hoy se aplican a los desplazamientos entre núcleos rurales o entre núcleos rurales y urbanos, desplazamientos que resultan cada vez más masivos y constantes, y cubren un radio cada vez más amplio (Oliva Serrano, 1994).

Como ejemplo modal de actividad agraria en el mundo rural,

vamos a tomar el de la Comunidad Autónoma de Cataluña, en la que convergen provincias más agrarizadas, como Lérida, con otras más terciarizadas o industrializadas, como Barcelona.

El primer rasgo diferenciador del mundo rural es su tasa de actividad, inferior en dos puntos a la de los restantes núcleos de población. Ello es debido al mayor envejecimiento de la población, si bien esta caída de la actividad se compensa con una importante mano de obra sumergida que procede de los jubilados, las mujeres y otras ayudas familiares. Pero si nos atenemos a los datos oficiales, son las provincias más rurales las que tienen, también, una menor tasa de actividad, como se deduce de una comparación de los activos en las provincias catalanas (cuadro n.º 6).

La agricultura, como venimos comentando, ya no es el sector mayoritario en el mundo rural, sino que está siendo desplazada por otros sectores en ascenso, como son el terciario, el industrial y la construcción. La construcción ha sido un sector en aumento, debido a la recuperación y rehabilitación de viviendas rurales, a la mejora de la red viaria, local y comarcal, así como a

la puesta al día de las infraestructuras municipales. Los rurales han acondicionado sus viviendas y los pueblos han mejorado sensiblemente sus infraestructuras y equipamientos colectivos. Estas demandas han tirado fuertemente del sector de la construcción, de modo que éste se ha consolidado como una actividad importante. Las industrias locales están viviendo una recuperación, bien por la situación floreciente de la industria agroalimentaria, bien por la rehabilitación del artesanado tradicional, o bien por las ventajas que se ofrecen a industrias de nueva planta. Pero es el terciario el que parece encontrar mejores expectativas de futuro, debido al incremento y diversificación de la demanda y, sobre todo, a la llegada de nuevos inquilinos, entre los que se despierta un mayor interés por el consumo de los productos del mundo rural.

Una explotación de las encuestas realizadas por CIRES desde 1991 a 1993 en municipios menores de 10.000 habitantes, tomando solamente la actividad, daría el siguiente perfil: 45 por 100 trabajaría en los servicios y Administración; 33 por 100 en la industria y construcción, y 22 por 100 en la agricultura y similares.

Los datos son sólo orientativos, pero permiten afianzar la hipótesis que venimos defendiendo: que la actividad agraria ya no es mayoritaria en el mundo rural, sino que ocupa una posición cada vez más marginal en relación a los otros sectores.

Veamos con más detalle este fenómeno analizando la actividad en el mundo rural de la Comunidad Autónoma de Cataluña y sus provincias (cuadro n.º 7).

Sólo una cuarta parte de la población activa rural vive directamente de la agricultura, siendo este sector cuantitativamente menos importante que el sector servicios (35,5 por 100) y que la industria (29 por 100). La construcción ha sido, en estos últimos años, un sector en aumento, con una importancia cuantitativa incluso superior a la del mundo urbano. Por otro lado, el paro, aunque afecta también a los rurales, no tiene la importancia que en el mundo urbano, quizá porque la explotación familiar sirve de alivio para paliar y encubrir las situaciones de crisis.

La estructura de la ocupación en las cuatro provincias catalanas presenta cuatro modelos diferentes, que van desde una estructura ocupacional menos dependiente de la agricultura y más terciarizada o industrializada hasta otra más agrarizada. La ocupación rural de Barcelona sería la menos agrarizada y la más industrializada; la de Gerona estaría algo más agrarizada y más terciarizada, como consecuencia de la importancia del sector turístico, que afecta también al mundo rural; en la provincia de Tarragona, el sector rural se mantendría en un cierto equilibrio con los otros sectores y, finalmente, el mundo rural leridano sería el paradigma típico de la zona rural, con una

CUADRO N.º 6

TASAS DE ACTIVIDAD EN LAS PROVINCIAS CATALANAS

	Menos de 2.000 habitantes	De 2.000 a 10.000 habitantes	Más de 10.000 habitantes
Barcelona	42,2	43,1	42,4
Gerona	42,5	43,6	43,8
Lérida	37,4	40,0	41,0
Tarragona	38,4	39,3	40,6
Comunidad Catalana	40,1	42,2	42,3

Fuente: Censo de Población de 1991. Elaboración propia.

CUADRO N.º 7

ESTRUCTURA DE LA ACTIVIDAD EN CATALUÑA

	Menos de 2.000 habitantes	De 2.000 a 10.000 habitantes	Más de 10.000 habitantes
Agricultura	25,1	7,7	1,3
Industria	29,0	40,7	36,0
Construcción	10,4	10,8	7,6
Servicios	35,5	40,8	55,1
Tasas de paro	6,5	9,4	12,5

Fuente: Censo de Población de 1991. Elaboración propia.

población activa más agrarizada y menos industrializada, pero, a pesar de todo, con un sector terciario cuantitativamente más importante que el sector agrario. Como nota común, cabe destacar la importancia de la construcción, que absorbe, como media, entre el 10 y el 12 por 100 de la población activa, y la poca incidencia del paro, sobre todo en las zonas rurales menos industrializadas y menos terciarizadas (cuadro n.º 8).

Este planteamiento no debe llevarnos a creer que ya no existe un mundo rural agrario. Tomando como referencia los municipios catalanes de menos de 2.000 habitantes, en uno de cada cinco la población activa agraria supera el 50 por 100, en uno de cada tres está entre el 30 y el 50 por 100, y en casi la mitad es ya inferior al 30 por 100. Parece, pues, que lo agrario, identificado con lo rural, tiene un carácter secundario, y lo que predomina es un híbrido que imbrica y relaciona al resto de sectores.

Sería complejo describir la diversidad de ocupaciones inherentes a cada uno de los sectores y evaluar su importancia cuantitativa. Quiero, no obstante, referir alguno de los campos de actividad que los activos rurales están

rivados del cerdo y elaboración del vino, etcétera.

Un capítulo importante lo ocupa el terciario, que se ha ampliado y diversificado en la gama de servicios que presta. La Administración y los servicios municipales están, también, llegando a los pueblos, cubriendo sectores de información y de atención bastante descuidados hasta hace unos pocos años. La agricultura y la mecanización generan, también, una amplia red de demanda que va desde la oferta de maquinaria agrícola hasta los servicios mecánicos de reparación; desde la infraestructura bancaria hasta la oferta de nuevos servicios burocráticos de apoyo a la explotación. Mayor importancia cuantitativa, si cabe, tienen los servicios orientados a cubrir la demanda de alimentos de la población residente y de la población flotante, como tiendas de comestibles, carnicerías y supermercados, o los servicios que dan una respuesta a necesidades de ocio y tiempo libre, como bares, discotecas o *pubs*. Es curioso observar cómo estos servicios, lejos de disminuir, han aumentado, a pesar de que se ha reducido la población residente.

más propensos a desarrollar. Ya hemos hablado de la construcción y de su fuerte relación con la recuperación de viviendas y con la mejora urbanística de los pueblos. Este es un sector que probablemente no irá a más, porque ha alcanzado una proporción de actividad bastante elevada. Los campos de actividad de la industria son básicamente los vinculados a ciertas materias primas, como la forja de hierro, la madera, la piedra, el barro, a los que se unen ciertas industrias de tratamiento y elaboración de materias primas agrarias, como las fábricas de piensos, mataderos, transformación de la leche, elaboración de queso, transformación de la harina, productos de-

CUADRO N.º 8

ESTRUCTURA DE LA ACTIVIDAD EN LA SOCIEDAD RURAL DE LAS PROVINCIAS CATALANAS

	MENOS DE 2.000 HABITANTES			
	Barcelona	Gerona	Lérida	Tarragona
Agricultura	14,4	19,7	35,6	27,5
Industria	40,6	28,1	18,7	27,1
Construcción	9,7	12,2	8,5	11,5
Servicios	35,3	40,0	33,2	33,3
Tasas de paro	12,7	8,3	3,9	8,2

Fuente: Censo de Población de 1991. Elaboración propia.

Los programas de desarrollo rural de la UE están abriendo un nuevo campo de trabajo, campo que si en la actualidad es todavía pequeño, porque se trata de un fenómeno incipiente, puede tener su importancia en los próximos años en ámbitos como el turismo rural o la recuperación y dinamización del artesanado, o en industrias rurales de transformación de materias primas.

Estas nuevas ocupaciones tienen un carácter predominantemente familiar, siguiendo el modelo de la explotación agraria, y están integradas, básicamente, por un titular y mano de obra familiar. Se trata de pequeños negocios en los que, por principio, se elimina el pago de salarios y de cuotas a la seguridad social. Junto a estas empresas de carácter familiar, se contabilizan otras con un pequeño contingente de mano de obra asalariada. Este hecho supone una nueva experiencia en muchas comunidades rurales, sobre todo del interior, donde se ha sustituido en pocos años el trabajo predominantemente familiar y por cuenta propia por un trabajo dependiente y por cuenta ajena. Aparte de las repercusiones sociales que este hecho puede tener en la comunidad rural, hay que resaltar las de carácter económico, en el doble sentido de que se están aportando nuevas fuentes de riqueza y de que éstas ya no son tan irregulares como en el pasado.

Un nuevo campo de trabajo, con grandes perspectivas de futuro, es el relacionado con la atención y cuidado de los mayores, atención que tradicionalmente ha recaído sobre la familia, pero que en el futuro deberá ser tratado de otra manera, dado que la familia rural ha quedado desintegrada por la emigración. El

incremento de situaciones de dependencia, que sólo en parte podrán ser paliadas por los vecinos y los familiares, encontrará una respuesta adecuada en servicios domésticos y personales, que serán atendidos por una mano de obra cualificada y pagada con cargo a los fondos públicos y a los ingresos del propio anciano.

Todos estos signos de recuperación de la sociedad rural aparecen como nuevas fuentes de riqueza que permiten que la población rural pueda seguir adscrita a su territorio, aun cuando el sector agrario agudice su crisis secular y reduzca su tasa de actividad. Sería una simplificación, y una visión errónea, pensar que los pueblos subsisten y se mantienen con las pensiones y con las subvenciones de la UE, aunque no negamos la importancia de estos ingresos.

IV. LA IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA EN LA ACTIVIDAD DE LA SOCIEDAD RURAL

La relativización de la agricultura en el contexto de la sociedad rural no implica que no sea un sector numérica y estratégicamente importante. Numéricamente porque de los 1,2 millones de activos agrarios, en torno al 60 por 100 —es decir, más de 700.000— viven y trabajan en núcleos rurales, y estratégicamente porque la agricultura, hoy por hoy, tiene unos efectos de arrastre sobre el resto de sectores. De hecho, así lo ha entendido la UE, que ha vinculado la pervivencia de la sociedad rural al mantenimiento de las rentas de los agricultores. Si la agricultura agudiza su crisis y los agricultores abandonan el cultivo de los campos, podríamos asistir al fin de la so-

ciudad rural, cosa que no sería deseable ni desde la perspectiva social ni desde la protección, cuidando y mantenimiento del medio ambiente.

La evaluación del presente y del futuro del sector agrario de nuestro país es, cuando menos, problemática, dado que no se ha liberado del todo de sus atavismos tradicionales, y no ha entrado en un proceso de modernización que hubiera sido deseable. Junto a logros que auguran una visión optimista, se dan también nubarrones y sombras que siembran dudas, reticencias y posiciones confusas.

Voy a comentar estas luces y sombras relativas a los siguientes procesos:

a) Se dan ciertas inercias de la agricultura tradicional, que se manifiestan en las estructuras, los productos, la mecanización y el trabajo. Comparando los datos del *Censo Agrario* de 1982 con las del *Censo Agrario* de 1989, se perciben las siguientes regularidades y cambios. En términos generales, se mantiene el espacio cultivable, con un ligero aumento de la superficie arbórea y de pasto a costa de la tierra labrada. En cuanto a cultivos, predominan los cereales, pero con la sustitución progresiva de los cereales panificables por cereales grano; se han incrementado las hortalizas, sobre todo las producidas en invernadero; han crecido ligeramente los cítricos; se ha reducido la producción de vino, aunque ha mejorado la calidad, y se mantiene el olivar. La producción ganadera ha mejorado sensiblemente, sobre todo en el ovino y en el porcino y, en menor medida, en el bovino. Ha penetrado fuertemente la mecanización, lo que ha determinado una caída importante de las UTA em-

pleadas en la explotación y un aumento de las inversiones. Los rendimientos han mejorado muy poco, lo que resulta paradójico si se comparan con los gastos. Un hecho positivo ha sido la concentración de tierras y el aumento medio de las explotaciones, incremento que se ha dado sobre todo en las explotaciones con más de 50 hectáreas. Perduran, no obstante, las explotaciones pequeñas, dado que el 4,2 por 100 de los titulares de explotaciones cultiva el 60 por 100 de la tierra. Un fenómeno que se ha ido generalizando ha sido el de la agricultura a tiempo parcial, que, según la *Encuesta de Estructuras Familiares*, afecta a más del 70 por 100 de los titulares de explotaciones (11). Este hecho se ha correspondido con la consolidación del agricultor empresario, que ha estado cada vez más pendiente de criterios de rentabilidad en la producción y comercialización de sus productos. Otro fenómeno nuevo es el incremento de las mujeres como titulares de explotación, fenómeno que pretende mantener la titularidad de éstas, una vez que el hombre se ha dado de baja por diferentes causas.

El descenso continuado de la población activa agraria puede entenderse como un signo de modernización del sector, pero siempre y cuando se realice de forma ordenada. Familiares, titulares y asalariados, protagonizan, por este orden, la caída de la población activa agraria, si bien es por la vía de las jubilaciones por donde se está dando la reducción más importante. Hay un cierto rejuvenecimiento de los titulares de explotaciones, dado que un grupo de jóvenes, ante la falta de perspectivas laborales en el mundo urbano, ha optado por quedarse en el campo, asumiendo

la responsabilidad de dirigir su propia explotación. Se trata de jóvenes que desde pequeños han estado vinculados a la explotación familiar y cuentan ya con una importante experiencia en este campo.

Estas inercias no han mejorado, en general, la competitividad de nuestra agricultura, que sólo cuenta con un poder de penetración en el mercado exterior con los productos tradicionales, como algunas frutas, verduras, aceite de oliva y vino. No obstante, nuestra tasa de cobertura ha mejorado en el último año como consecuencia de las sucesivas devaluaciones de la peseta durante 1993.

b) Por todo ello, era arriesgada nuestra entrada en la CE, porque sólo unos pocos productos y unos cuantos agricultores tenían capacidad para competir. Se temía el desmantelamiento de nuestra agricultura y la agudización de la crisis del mundo rural. Todo ello repercutió en el mercado de tierras, que desaceleró su tendencia secular al alza, con una caída importante de los precios. Pero los resultados no han sido todo lo negativos que se creía, y nuestros agricultores han podido mantener sus rentas con la llegada de las ayudas procedentes de la UE. En un primer momento, las ayudas se orientaron a estimular la producción, pero ante la excesiva acumulación de excedentes agrarios y la imposibilidad de darles salida en el mercado exterior, se ha optado por subvencionar la explotación, teniendo en cuenta los rendimientos medios obtenidos en cada zona (12). De momento, el agricultor ha seguido produciendo como lo hacía en tiempos anteriores porque los precios agrarios se han mantenido y todavía resulta rentable invertir en la pro-

ducción, pero algunos agricultores ya han empezado a hacer números y han observado que no compensa sembrar como se hacía hasta ahora para vender los productos al precio que determina el mercado. Un ejemplo palmario lo constituye el girasol, cuyo cultivo se ha realizado pensando en la subvención y no en los rendimientos, puesto que hoy su precio no cubre los costes de producción.

Esta nueva orientación de la agricultura sitúa a los agricultores cerealícolas frente a varios retos. El primero es cómo superar la contradicción entre la idea de un agricultor profesional, como ha sido siempre, y la de un rentista y subvencionado, como pretende la UE. Para los agricultores de más edad, que son la mayoría, esto va a ser difícil de asimilar, acostumbrados como están a tratar la tierra con mimo y a arrancar de sus entrañas todos los rendimientos que en potencia podría dar. De momento, seguirán produciendo, aunque, como han señalado algunos, no van a trabajar la tierra como lo habían hecho hasta ahora. El segundo gran reto es conseguir que las rentas agrarias vayan destinadas a mantener las rentas de los agricultores y no las de otras gentes que tienen otras fuentes de riqueza. La mirada se dirige hacia las agriculturas a tiempo parcial, que, como comentamos, afectan a un número muy importante de explotaciones. Una derivación de este problema es que tampoco recibían la subvención los titulares que entregan sus tierras en arquería o en otras formas de arrendamiento. Desde luego, si se mantiene la filosofía que inspira la política agraria comunitaria, es razonable que las subvenciones vayan destinadas al que labra la tierra y vive de ella como ocupación principal.

Un comentario positivo para los agricultores a tiempo parcial es la buena acogida que ha tenido entre ellos la política de forestación diseñada por la UE, y que se está realizando a través de la colaboración de las comunidades autónomas. Parece que se ha cubierto el cupo previsto, pero gracias al interés despertado entre los que tenían sus tierras en arrendamiento o entre agricultores a tiempo parcial. La UE corre prácticamente con todos los gastos de la forestación y además garantiza al titular de la explotación una renta durante veinte años que supera las cantidades que percibiría en concepto de arrendamiento.

c) Las formas de relacionarse con Bruselas y el mercado internacional de granos van a dar lugar en los próximos años al nacimiento y consolidación de diferentes agriculturas, y a formas distintas de ser agricultor. La figura del agricultor subvencionado, que percibe sus rentas de Bruselas, no tendrá nada que ver con la del agricultor que tiene que competir con los agricultores de otros países. A mi entender, estamos ante dos modelos de agricultor: el agricultor empresario (Pérez Díaz, 1983), que tenderá a parecerse cada vez más al modelo de empresario con estrategias productivas bien diseñadas, reducción de costes, espíritu asociativo, modernización de la explotación, etc., y el agricultor subvencionado, que estará más pendiente de los órganos administrativos que deciden y canalizan las subvenciones que de la estrategia productiva. Probablemente, la línea divisoria no sea tan clara, ya que el agricultor empresario tratará, también, de recibir algunas compensaciones económicas de la UE, y el agricultor subvencionado producirá

algunos productos que compitan en el mercado. De hecho, el agricultor subvencionado está teniendo experiencias de mercado con algunos productos ganaderos y con ciertos cultivos de regadío, y el agricultor empresario no renuncia a seguir las directrices de Bruselas en la orientación de algunos cultivos subvencionados (13).

d) Una figura nueva que está surgiendo, y que se va a consolidar en los próximos años, es la del agricultor como garante y protector del medio ambiente. El agricultor no sólo va a recibir subvenciones por sus tierras y los rendimientos que se dejen de obtener en ellas, sino que contará con ayudas especiales por defender determinadas especies, conservar un paisaje como reserva natural o realizar las tareas agrícolas de una determinada manera. Junto a esta figura, surgirá también otra de protector de bosques y masas arbóreas, figura que va muy vinculada a los planes de forestación. La forestación no implica solamente que se planten árboles, sino que se protejan y cuiden durante los primeros años y, posteriormente, que se quiten las malezas y la hierba seca para prevenir futuros incendios. Estamos ante un campo bastante nuevo para la mayoría de agricultores, que precisará de un proceso de aprendizaje y de reciclado.

e) Están fuera de toda duda las ventajas del asociacionismo para la defensa de los intereses agrarios. Así lo están entendiendo algunos sectores productivos en los que, poco a poco, se han generalizado las cooperativas de comercialización. Esto contrasta con el individualismo que aún perdura en algunas regiones y sectores productivos, en los cuales sigue vigente la figura del inter-

mediario que grava con un porcentaje elevado el precio del producto y se asocia para hacer una defensa de los precios. Parece, no obstante, que, en conjunto, el panorama ha mejorado, si hacemos caso al informe de la UPA de 1993; según sus datos, «las cooperativas comercializaban el 80 por 100 de la producción de aceite de oliva, el 60 por 100 de la de vino, el 35 por 100 de la de aceituna de mesa, el 35 por 100 de los cítricos y el 22 por 100 de las frutas». El sector con menos movimiento asociativo es el cerealícola, y el que ofrece unas perspectivas más optimistas es el frutícola. En la provincia de Lérida, por ejemplo, la mayor parte de la producción de frutas se comercializa mediante cooperativas de primer o segundo orden, y los agricultores son cada vez más conscientes de que su futuro pasa por eliminar intermediarios y asentar los productos directamente en los mercados.

V. UNA NUEVA CULTURA ADAPTADA A LOS TIEMPOS

Lejos de mi intención abordar la complejidad de la estructura cultural del mundo rural, y menos aún proceder a un análisis detallado de sus cambios. Quiero, no obstante, aportar algunos comentarios que considero de interés para entender lo que está pasando.

La sociedad rural se ha abierto al exterior y ha intercambiado información y prácticas sociales con el entorno que la rodea. Los pueblos han perdido su aislamiento tradicional y viven los problemas del país como cualquier ciudadano: se viste como se viste en la ciudad, se consumen los productos del mercado, y en los

bares de los pueblos se habla de política y se comentan los temas de la corrupción como en cualquier otro centro de reunión. Esta apertura de la sociedad rural hacia el exterior ha llevado a creer a algunos que nos encontrábamos ante la disolución de la sociedad rural y su integración en las formas de vida urbanas. Mi comentario pretende afianzar estas dos hipótesis: *a)* que la sociedad rural no se diluye ni se disuelve en esa unidad superior que llamamos urbana, y *b)* que para contrarrestar las fuertes relaciones con el exterior, se han desatado en el interior de las comunidades rurales ciertos mecanismos de defensa y de revitalización de identidades colectivas tradicionales.

a) Los pueblos son pueblos, y no ciudades o barrios de ciudad. Puede ser equívoco evaluar la vida de los pueblos por las apariencias externas relativas al trabajo, la diversión, el equipamiento de la vivienda, el vestido, las compras; etc. No se puede negar que en este terreno se está produciendo una cierta homogeneización con lo urbano favorecida por la radio, la televisión y los grandes almacenes; pero a nada que se profundice y se vaya más allá de las apariencias, se observará que en el mundo rural hay un entramado de prácticas, relaciones, ideas y símbolos que no son comparables con los de los hábitats urbanos. El pueblo, a mi entender, funciona como un todo estructurado en torno a las grandes instituciones —familia, iglesia y ayuntamiento— a través de las cuales se articulan los aspectos individuales y sociales de la existencia. Cada institución tiene asignado su papel, y en cada una de ellas se participa con el fin de cubrir objetivos individuales y sociales. Al frente de cada institu-

ción está un responsable del que se pide que actúe de acuerdo a criterios inherentes a la propia institución. Funciona la crítica como práctica común para reubicar a cada persona en su lugar, y para que los comportamientos individuales no rompan el necesario equilibrio social. Se toleran, no obstante, ciertas desviaciones de la norma, pero están establecidos procedimientos informales para que el repudio social llegue al interesado, a fin de que conozca lo que se piensa de él en su entorno y trate de ajustar su comportamiento a las normas y comportamientos de la comunidad. Comportamientos individuales y sociales deben estar en armonía, dentro de ciertos márgenes de tolerancia. Dichos márgenes suelen estar bastante definidos en función de la edad (no se tolera lo mismo a los jóvenes que a las personas mayores), en función del sexo (no se permiten las mismas libertades a los hombres que a las mujeres), o en función del espacio (en las bodegas se permiten ciertos comentarios y juegos que serían intolerables en la calle) y del tiempo (en las fiestas se amplían los márgenes de tolerancia más allá de lo que es costumbre fuera de ese momento). Probablemente, se está asistiendo a una cierta ampliación de los márgenes de tolerancia y están en crisis ciertas rigideces tradicionales, pero sin romper del todo el esquema tradicional de comportamiento.

En los pueblos, todo el mundo está identificado y de todo el mundo hay que decir algo. Está identificado el cura, que es una figura singular para el que cree y para el que no cree, para el que va a misa y para el que no frecuenta la iglesia; está identificado el alcalde, que es una figura compleja y, a mi entender, ha osci-

lado entre el cacique y el hombre de bien, y en los últimos años ha tenido que optar por una u otra posición política en función de intereses locales; están identificados el rico del pueblo, el médico, los notables, el padre de familia, la mujer y todas las demás gentes. La identidad suele tener un nombre, que cuando se personaliza se denomina «mote».

b) Con la emigración, los pueblos sufrieron una especie de depresión colectiva, y aunque las expresiones colectivas —como cofradías, romerías, celebración de la fiesta del pueblo, etc.— no desaparecieron del todo, parece que entraron en una cierta languidez. Al llegar los días señalados en la vida del pueblo, como la celebración de la fiesta del patrón u otras onomásticas relevantes, la gente recordaba con nostalgia el ayer, pero con la nostalgia de que el pasado había tenido otra vitalidad. En los últimos años, las cosas están cambiando, y en los pueblos se ha vuelto a despertar el interés por todos los signos de identificación colectiva. Se celebra la fiesta del pueblo con entusiasmo, aunque para ello se haya tenido que cambiar el día de la fiesta del patrón y adecuarla a los intereses de la llamada población flotante; se han reorganizado las cofradías con la finalidad religioso/profana que habían tenido en el pasado; se han reagrupado las cuadrillas en muchos pueblos castellanos y se ha puesto nuevamente de moda la merienda; las bodegas, como centro de reunión de los amigos, han sido adaptadas como mesones para cubrir una función similar a la del pasado. Todo ello indica que el pueblo ha recuperado sus expresiones y sus símbolos, aunque los vive con la contradicción del bullicio del verano y la tristeza de los días de invierno; entre la

vida rutinaria de los días de entre semana y el jolgorio de los sábados y domingos.

CONCLUSIONES

La sociedad rural se halla en trance de superar una crisis secular, crisis provocada por la emigración y, también, por la fuerte relación de dependencia entre la ocupación agraria y la vida rural. Hasta los años cincuenta/sesenta, los rurales eran gentes que vivían, básica y principalmente, de la agricultura, por lo que la crisis de la actividad agraria provocó una salida masiva de población que rompió el tejido de la sociedad, haciendo temer por su desaparición. Felizmente, parece que se ha superado esta dependencia, y hoy nos encontramos ante una sociedad rural diferente en la que se dan los rasgos siguientes:

1. Aún hay sociedad rural; y aunque ha quedado en un segmento no muy numeroso comparado con el segmento urbano, todavía alberga a una población de unos siete millones de personas, población que se ampliaría si incluyéramos la población de los municipios inferiores a 10.000 habitantes.

2. La ruptura entre vida rural y trabajo en la agricultura ha abierto una nueva perspectiva demográfica. La población rural parece que no se va a deprimir, como en las décadas de los sesenta y setenta, sino que se percibe una tendencia al estancamiento, con leves pérdidas de población en unas zonas y ganancias en otras. Esto es algo muy positivo si tenemos en cuenta el progresivo envejecimiento de la población rural y la situación de estancamiento de

la población española. No crecen los pueblos, pero tampoco crecen las ciudades ni la población del país.

3. Hasta los años ochenta, los pueblos miraron a las ciudades como centros de vida y de realización personal, pero hoy las gentes de la ciudad vuelven hacia los pueblos como lugares en los que es posible encontrar ciertos valores perdidos. Se piensa que en los pueblos se puede disfrutar de paisaje y naturaleza, frente a la contaminación de las ciudades; de paz y de tranquilidad, frente al ruido y al estrés urbanos; del consumo de productos naturales, frente a los envasados de los supermercados. El encanto que conservan muchos pueblos y el hecho de que una masa muy importante de la población urbana tenga en ellos sus raíces ha provocado una vuelta masiva al mundo rural, según se deduce de la importancia de las segundas viviendas.

4. Esta población flotante ha generado una demanda que, por un lado, mantiene ciertas industrias o servicios tradicionales y, por otro, ha potenciado la creación de otros nuevos. Los bares, las carnicerías, los restaurantes, etcétera, especializados en la venta o transformación de ciertos productos, han roto el aislamiento tradicional y se conocen en los lugares desde donde llega esta población, multiplicándose la demanda. Los pueblos se han hecho más habitables y los jóvenes son menos reticentes a permanecer en ellos o a montar un negocio diferente al de la agricultura. Un hecho incuestionable es el aumento de la actividad extraagraria de la que viven, más o menos, dos de cada tres personas de la población activa rural.

5. El esquema tradicional sociedad rural/trabajo agrícola se

ha roto, dando lugar a nuevas formas de ocupación. Lo agrario es sólo un sector del trabajo en el mundo rural, variando su importancia en función de la dimensión de los núcleos, la cercanía a los centros y zonas urbanos. La separación se radicalizará aún más en el futuro, consolidándose un modelo de sociedad rural menos agrarizado y más terciarizado. Todo ello vendrá facilitado por la propia transformación del trabajo en la agricultura, que se hará más profesional bien por la vía de una agricultura extensiva con mucha tierra y poca mano de obra, bien por la vía de una agricultura intensiva, muy mecanizada y con muchos jornales eventuales, que serán cubiertos por personal no especializado procedente del exterior.

6. Hay un interés común por revitalizar y actualizar los signos de identificación colectiva y hacer que el pueblo recobre sus elementos de expresión. Junto a los rígidos mecanismos de control social, se impone una cierta tolerancia que da a las relaciones sociales una mayor amplitud y elasticidad, pero sin permitir que se sobrepasen ciertos umbrales de permisividad.

NOTAS

(1) Sugiero al lector la excelente recopilación bibliográfica realizada por Alfonso ORTÍ (1992).

(2) Para la definición de la sociedad rural desde una perspectiva demográfica, remitimos a GARCÍA SANZ, Benjamín (1994). Cuando hablamos de sociedad rural, nos referimos siempre a entidades singulares, y no a municipios de menos de 2.000 habitantes. Cuando identifiquemos la sociedad rural con otra magnitud demográfica, lo haremos constar expresamente.

(3) No es posible hacer la comparación por entidades singulares porque este dato no se recoge en la información de los padrones y de los censos.

(4) Ver Instituto del Territorio y Urbanismo, MOPT (1991).

(5) Por lo que sé a través de diferentes conversaciones con el Subdirector de Estadística, los datos están a punto de aparecer, y en breve se podrá estudiar el problema con mayor precisión.

(6) Para hacer una aproximación al problema, utilizaré las encuestas de CIRES publicadas durante 1991, 1992 y 1993, recogiendo la información sobre ocupación en los municipios de menos de 2.000 y menos de 10.000 habitantes. Parece que no es discutible la validez de la muestra si las referencias son de carácter general, pero podría haber errores importantes si se procede a una desagregación de la información por comunidades autónomas.

(7) Hay datos sobre Cataluña y otras comunidades. Haré referencia a Cataluña.

(8) Este sería un concepto demográfico muy restrictivo de sociedad rural, dado que cada municipio de menos de 2.000 habitantes reúne una media de diez entidades singulares. Ver GARCÍA SANZ (1992), cuadro 1, pág. 66.

(9) Esta sería una acepción de sociedad rural en sentido amplio. Recuerdo que el 33 por 100 de la población de los municipios de 2 a 5.000 habitantes, y el 27 por 100 de los municipios de 5 a 10.000 habitantes corresponden a entidades inferiores a 2.000 habitantes. En algunas comunidades como Galicia, Asturias, Canarias o Cantabria las entidades singulares de menos de 2.000 habitantes suponen más del 50 por 100 de la población de los municipios menores de 10.000 habitantes. Ver GARCÍA SANZ (1994).

(10) Se recoge la situación anterior a la generalización de las subvenciones de la PAC. Posteriormente, las cosas han cambiado, y los pequeños agricultores pueden hacer frente a la caída de los precios agrarios mediante las subvenciones de la Unión Europea.

(11) Según el *Censo Agrario* de 1989, los titulares que trabajan sólo en la explotación ascenderían al 66 por 100, lo que contradice la anterior. El *Censo* da un número de 1,5 millones de titulares que trabajan sólo en la explotación sobre un total de 2,2 millones, cifra que parece bastante irreal.

(12) Las subvenciones a la actividad agroalimentaria supusieron en el año 1992 el 7,5 por 100 de la producción final agraria, y en el año 1993 el 14 por 100, ascendiendo las ayudas a un monto de 463,1 miles de millones de pesetas.

(13) Empresarios agrícola/ganaderos gerundenses han sustituido cultivos tradicionales

como el maíz, sin subvención, por otros como el girasol, con importantes primas.

BIBLIOGRAFIA

CAMARERO, Luis Alfonso (1993), *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

COMAS, Dolores, y CONTRERAS, Jesús, «El proceso de cambio social», *Agricultura y Sociedad*, suplemento al n.º 55, junio de 1990.

GARCÍA SANZ, B. (1992), «La población española: un enfoque ecológico», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, X, 1, páginas 59-87.

— (1994), «Alcance y significado de las entidades singulares de población como concepto para cuantificar la población rural», *Revista de Estudios Agrosociales*, n.º 168, abril-junio.

MOPT (1991), *Cambios de la población en el territorio*.

OLIVA SERRANO, J. (1994), *Mercados de trabajo y localización residencial. Una respuesta a la reestructuración del medio rural en Castilla-La Mancha, 1994*, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (inédito).

ORGANIZACIÓN DE NACIONES UNIDAS PARA LA AGRICULTURA Y LA ALIMENTACIÓN (1993), *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*.

ORTÍ, Alfonso (1992), «La sociología agraria en España», *Revista de Estudios Agrosociales*, número 161.

PÉREZ DÍAZ, V. (1983), «los nuevos agricultores», *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, n.º 16.

UNIÓN DE PEQUEÑOS AGRICULTORES, *Anuario 1994*.